

—¿Qué hace Marta? (preguntó con impaciencia.) ¿Dónde está Marta?

Los amores de Marta no eran un secreto de Estado, y toda la gente de la casa estaba al cabo de la calle; así es que la contestaron diciendo:

—Marta.... pues.

—¿Qué quiere decir *pues*? — volvió á preguntar el ama.

Se miraron unos á otros guiñándose los ojos, y el más socarrón dijo con mucha sorna:

—Marta...., eso es...., pues...., está.... pelando la pava.

El ama se hizo cruces, y la frase quedó hecha.



VII.

DORMIR Á PIERNA SUELTA.

MAY sueños deliciosos, y esta es una de las pocas dichas que en el mundo pueden alcanzar hasta los más desgraciados, porque, en fin, sean las que quieran las tristes realidades que siembren de espinas la senda de nuestra vida, ello es que nuestras angustias tienen el refugio del sueño, durante el que la imaginación suele pintarnos con risueños colores la halagüeña realidad de los más imposibles deseos, y en esos momentos, fugitivos siempre como el de todas las dichas humanas, el hombre dormido es el ser más feliz de la tierra.

Mas esta gota de miel, puesta en los labios de nuestras esperanzas, tiene muy pronto un sabor muy amargo. Es preciso despertar, y entonces toda

la perspectiva se desvanece; la decoración cambia súbitamente, y caemos de golpe desde las alturas de nuestras soñadas felicidades en la dura realidad de nuestras desdichas.

Así la desgracia se burla de nosotros hasta en el momento mismo en que somos felices.

Hay también sueños pavorosos, de los que no están libres ni aquellos á quienes más descaradamente sonríe la loca fortuna. Estos seres se ven obligados con la misma frecuencia que el resto de los mortales á cerrar los ojos á las felicidades que los rodean, y el sueño, semejante á una sombra que todo lo obscurece, se interpone ni más ni menos que si quisiera alejarlos de ellas.

Y vaya V. á contener las inquietudes, los recelos, los sobresaltos que entonces suelen acometernos. La razón, maniatada por las ligaduras misteriosas del sueño, no acierta á defendernos, y las más extrañas quimeras y los más absurdos temores se apoderan de nuestro espíritu, llenándolo de angustia.

¿Hay algún remordimiento oculto en el fondo del alma, ahogado en ella por la algazara de la vida?... Pues ese es el momento en que se levanta terrible é implacable. ¿Es el amor que cubre de flores la tierra que pisamos? Entonces, ¡cuántas infidelidades se sueñan!... ¿Son las riquezas? ¡Oh, qué fácilmente las vemos perdidas!... ¿Es la gloria?... ¡Bah!... ¡Qué desengaño!...

La felicidad, lo mismo que la desgracia, se vale

del sueño como de un cómplice para burlarse de nosotros.

Dormir es algo más que reclinar la cabeza y cerrar los ojos.

Pero hay un sueño apacible, franco, profundo, por medio del que el hombre se subtrae completamente á los afanes de la vida que lo rodea, en el cual cae nuestro espíritu ni más ni menos que cae una piedra en un pozo.

Y este sueño, preferible sin duda alguna á todos, permanecería ignorado y confundido con el vulgo de los sueños, si la lengua, por medio de una frase original, no lo hubiese designado.

Dormir á pierna suelta ha dicho la voz pública; y todos hemos convenido en que ésta es la mejor manera de dormir, ya sea sobre un lecho de plumas, ó ya sea sobre la ingrata aspereza de las piedras.

Y obsérvese qué abandono, qué plenitud de descanso, qué holgura hay en esa *pierna suelta* de que el capricho de la lengua se vale para representarnos el más hondo, el más tranquilo de los sueños.

A nadie le hubiera ocurrido nunca expresar la idea del reposo, sirviéndose para ello de la imagen de una *pierna*, y menos aún de una *pierna suelta*, combinación de palabras que lleva en sí misma la idea del movimiento.

He aquí una pierna traída por los cabellos.

Por qué especie de razonamiento ha venido á construirse esta frase, no es fácil explicarlo.



VIII.

CANTAR LA PALINODIA.

MAS no se trata de dormir, se trata de confesar un error, de reconocer una falta, y la alegría que este acto, poco común por cierto, nos causa, lo expresamos diciendo: *eso es cantar la palinodia.*

La elocuencia de esta frase no consiste tanto en el desenfado musical de que hace alarde, como en la grotesca originalidad de la palabra *palinodia*; y considerada en su sentido burlesco, no será temerario atribuirle una influencia funesta.

Siempre han sido actos nobles reconocer los errores y confesar las faltas; mas siempre el espíritu vulgar del género humano ha visto en ellos algo humillante, porque nunca ha sabido distin-

guir la diferencia que existe entre la humillación que rebaja y la humildad que enaltece. Faltaba en nuestra lengua una fórmula común que diese vida á ese modo, común también, de ver las cosas, y de repente salió de los arcanos del lenguaje la frase de *cantar la palinodia*, en la que señalamos con el dedo al que tiene la lealtad de decir francamente: «Señores, estaba equivocado».

No necesitaba nuestra soberbia tan ingenioso esfuerzo para resistirse á confesar sus errores; mas inventada la frase, ha de costarle más al orgullo humano reconocer que no es en su inteligencia oro todo lo que reluce, y que, por grande que sea nuestro amor propio, al fin y al cabo no hay más cera que la que arde.

El hombre menos presuntuoso, instigado por las sugerencias de su propio convencimiento, se dirá á sí mismo:

Sí, señor....; el error en que yo estaba es evidente.... Mi proyecto no tiene pies ni cabeza; esto es claro.... No cabe duda de que mi idea es una cosa disparatada; lo que yo sostengo es un solemne desatino. Perfectamente; pero es el caso que yo *no canto la palinodia*.

Esta frase burlona le hace cosquillas en todas las coyunturas de su amor propio, y cierra los ojos y sigue adelante.

Los errores tienen tres clases de partidarios: unos los siguen por pura ignorancia, otros los profesan por puro negocio, y otros persisten en ellos y

los sostienen por no pasar por la vergüenza de *cantar la palinodia*.

Si el amor propio fuera alguna vez ingenuo, entonces sabríamos la influencia que esa frase ejerce en nuestro ánimo; pero cada cual, metiendo la mano en su pecho, puede sacar la cuenta por sí mismo.





IX.

ECHAR LA CASA POR LA VENTANA.

A sí designamos los arranques más impetuosos de nuestra prodigalidad. Una boda, un bautizo, un fausto aniversario, bastan para que, abriendo los tesoros grandes ó pequeños de nuestra opulencia, digamos al mundo : « ¡ Eh ! , sépase quién es Calleja ».

En verdad, no nos contentamos con las pocas ocasiones de regocijo que la vida nos ofrece, y aprovechamos con bastante frecuencia los más infaustos acontecimientos para *echar la casa por la ventana*, porque hay entierros tan lujosos como una boda y tan espléndidos como un bautizo.

No es la terrible necesidad de morir una circunstancia que debe orgullecernos, porque ella nos advierte lo frágil y lo miserable de nuestro ser ; pero,

sea como quiera, el mundo en que vivimos nos obliga á enterrar los muertos con todo el fausto posible.

Por lo que hace á los desastres públicos, son de continuo motivos de fiestas espléndidas, donde lujosos concursos acuden á llorar con fastuosas lágrimas las desventuras de la catástrofe.

Para estos casos las sociedades filantrópicas se pintan solas. Por de pronto, la noticia del desastre nos aterra; pero poco después los carteles de los teatros y los anuncios de los periódicos vienen á decirnos que la filantropía ha tomado la cosa por su cuenta, y acto continuo dispone bailes suntuosos, conciertos espléndidos en los que se *echa la casa por la ventana*.

Ignoro la antigüedad de la frase; pero atendiendo á la grande aplicación que tiene en nuestros tiempos, me inclino á sospechar que ha de ser invención moderna.

Ello es ciertamente un despilfarro impropio, en verdad, de esta época positiva; mas téngase en cuenta que es un despilfarro científicamente económico. La gran ciencia de los intereses materiales, la teología, digámoslo así, de los maravedises, reconoce en el lujo uno de los fundamentos de nuestras prosperidades, y el lujo, ya se tome como elemento científico, ya se considere como pasión pública, no es, en resumen, más que la tarea asidua y continua en que todos estamos empeñados de *tirar la casa por la ventana*.

Suprimamos este aspecto espléndido con que brilla el fausto de nuestras costumbres, y adiós prosperidad deslumbradora, pues de la noche á la mañana nos veremos reducidos á las estrecheces de la miseria.

La cuestión, si es que hay cuestión alguna acerca de este punto, es muy sencilla: ateniéndose á lo que realmente poseemos, preciso es decirlo, nos veríamos obligados á vivir muy pobremente, y la ciencia económica moderna, que ha hecho una verdadera revolución en la moral, en las costumbres y en la riqueza, ha encontrado el medio de vencer esa dificultad, y ha dicho:

— ¡Bah!...: ataréis los perros con longanizas.

— ¿Cómo?...— hemos preguntado nosotros.

— ¡Cómo! (ha repetido con desdeñosa suficiencia.) Está claro: *tirando la casa por la ventana*. Ó, lo que es lo mismo; contra la pobreza, el fausto; contra la miseria, el lujo.

No todos tenemos casas que tirar por las ventanas; mas, sea como quiera, mañana podremos tenerlas, y en tal caso no hay inconveniente en que tiremos hoy por una ventana que no tenemos todavía, la casa que tendremos mañana.

Muy bien: esta operación, por medio de la que nos anticipamos fabulosas prosperidades, tiene en la ciencia su nombre técnico: se llama crédito, y el crédito es la desamortización de lo futuro.

Como vemos, la frase encierra un sentido trascendental.

Es un capricho de la lengua valerse de la estrechez de una ventana para tirar todo el volumen de la casa en que la misma ventana está contenida.

Tomada la frase al pie de la letra, encierra un desatino, más aún, un imposible, y no obstante su sentido hiperbólico obtiene en nuestros días una realidad pasmosa y un éxito fabuloso.



X.

SIN CONTAR CON LA HUÉSPEDA.

AAMOS á otra frase que, después de *tirar la casa por la ventana*, se viene naturalmente á la memoria, como si fuera su complemento; la frase es esta: *sin contar con la huéspededa*.

Aquí tiene el lector un personaje anónimo que se escapa á todas nuestras averiguaciones y en cuya mano invisible está el secreto éxito de nuestros planes, de nuestros proyectos, de nuestros cálculos y de nuestras empresas. *Sin contar con la huéspededa* son inútiles las más exquisitas previsiones, faltan las más razonables probabilidades, porque la *huéspededa*, desde el rincón impenetrable en que se oculta, desbarata los planes más hábilmente combinados, si no tenemos la previsión de contar con ella.

Cuando parece que todo nos sale á pedir de boca, cuando parece que hemos previsto todas las

contingencias, cuando ya no hay realmente más que llegar y besarla durmiendo, *la huésped* se sonríe con una boca que nadie ha visto, y tirando del cabo suelto que tiene siempre en su mano, cambia de pronto la decoración tan hábilmente combinada, y adiós plan, adiós proyecto, adiós empresa...., adiós éxito...., nuestro gozo en un pozo.

¡Qué transformación tan lamentable!....

Ayer todo lo veíamos de color de rosa, nos sonreían á la vez el cielo y la tierra, el éxito de nuestro plan era completo.... Hoy todo ha fracasado, las esperanzas se han desvanecido y la realidad misma se obscurece como avergonzada de sí propia.

¿Qué es esto?

Esto es pura y simplemente que *no hemos contado con la huésped*.

Y bien. ¿Qué personaje misterioso es este que así se burla de nuestra audacia, de nuestra ambición, de nuestra inteligencia y hasta de nuestra astucia?... ¿De dónde ha sacado la lengua ese ser anónimo, invisible é impalpable, que se ha apropiado la facultad de echar por tierra los cálculos más astutamente combinados, los planes más maravillosamente urdidos por la previsión humana?....

Nadie lo sabe, y, sin embargo, ese ser, rodeado de tantas circunstancias fantásticas, existe; es un ser real, auténtico, que encontramos, ya de un modo, ya de otro, en todos los fracasos que experimentan los cálculos de nuestro orgullo, que no son pocos.



XI.

EL JUEGO DE LAS INSTITUCIONES.



AMBIÉN en el lenguaje de la política suele salir por los cerros de Úbeda la autoridad irresponsable del uso, dando carta de naturaleza á frases, en las que se encuentran algunas que no dejan de tener cierta originalidad digna de notarse. Desde luego, las primeras que se nos vienen á la boca descubren que están vaciadas en el cuño moderno, y se advierte en ellas esa seriedad que llevan consigo las palabras graves. Para pronunciarlas conviene ahuecar la voz de manera que los oídos que nos escuchen perciban en ellas cierto acento rotundo que las hagan sonar como verdaderas campanadas.

Mis investigaciones filológicas respecto á su origen, no son del mayor alcance; pues, en resumidas cuentas, sólo he podido averiguar que no

han nacido en los dominios del vulgo, sino más bien en las altas regiones donde se engendra el rayo, y parece que nos han caído por la chimenea. No pertenecen al lenguaje del pueblo, y sólo circulan entre los hombres de la vida pública. Se las encuentra en los documentos oficiales de más aparato, en los discursos parlamentarios más teatrales y en los artículos de periódicos más campanudos.

Por más que el uso diario que de ellas se hace las extiende desde los gabinetes de los ministros hasta las mesas de los cafés, desde el santuario de las leyes hasta los centros de los clubs, el pueblo, que llama al pan pan y al vino vino, no sabe apreciar el valor que en ellas se encierra, y las oye como quien oye campanas y no sabe dónde, y si por un oído le entran, por otro le salen. La primera frase que me salta á los ojos es la que usamos siempre que pretendemos designar con brevedad y exactitud el ejercicio de los poderes públicos; y entonces, llenándonos la boca, y arqueando las cejas, y admirándonos de la felicidad de la expresión, exclamamos:

¡Oh!.... ¡El juego de las instituciones!....

Hay algo de diabólico en esta frase, porque sólo al demonio se le ocurre llamar *juego* á lo que constituye todo el fundamento del régimen político en que vivimos. Porque *juego* es una palabra cuyo sentido dominante indica pasatiempo, cosa de puro recreo ó de mera broma, cuando no expresamos con ella un vicio desastroso que el libertinaje de

nuestras costumbres consiente, pero que las leyes se ven obligadas á prohibir, aunque muchas veces hagan la vista gorda.

¡Cuidado con ello! Llamar, así, de golpe y porrazo, *juego* al armonioso conjunto de sabias instituciones, que nos cuestan montes de oro y río, de sangre, en las que hemos fundado, si no la felicidad presente, porque al fin y al cabo cada vez están más verdes, á lo menos la felicidad futuras que podremos encontrar mañana ó el otro á la vuelta de un dado.

Hablemos en confianza, ya que nos hallamos manos á boca. ¿Les parece á Vds. el tira y afloja de nuestras instituciones cosa de juego?....

Aquí hay una maliciosa mordacidad de la lengua, que todo lo mete á barato y parece complacerse en sacar á la vergüenza la movible combinación de hombres y de cosas que hace cuarenta años nos tiene con el alma en un hilo, como si el arte de gobernar á los pueblos, hoy día de la fecha, fuese tirar de la oreja á Jorge ó llegar y besarla durmiendo.

Hagamos hincapié en este punto, y no consintamos que esa burla del lenguaje, así, sin más ni más, corra la ceca y la meca señalándonos con el dedo, porque la historia, que es muy capaz de contarle los pelos al diablo, hará creer á las futuras generaciones que hemos pasado la vida tocando el violón y seremos también entonces el platillo de todas las conversaciones.

No sé yo por qué ha de tener la lengua vela en este entierro y ha de venirse por su bella cara á dar un golpe de gracia, ni más ni menos que si tuviera un tío en Indias ó fuera el gran Tamerlán de Persia. ¿Qué pito toca en este órgano de Móstoles para llevar la batuta y ponernos con una sola palabra la ceniza en la frente?...

El juego de las instituciones es una frase que arde en un candil y que debiera estar fuera de la legalidad común, mientras no obtenga mayoría en los comicios ó dé el grito y se ponga en zancos, y, echando las campanas al vuelo, nos tenga á todos entre la espada y la pared. Entonces podrá cantar en la mano y ponerse las botas; mas, entretanto, eebe darse un punto en la boca.



XII.

HACER ATMÓSFERA.

A segunda frase que se me entra de rondón en estos apuntes es una locución que pica en historia. Por una parte, parece que es la simple averiguación de un secreto de la naturaleza cogido al vuelo, y, por otra parte, á las primeras de cambio descubre la oreja de su sentido político. Debe considerarse como una de las más curiosas invenciones de nuestro tiempo; pues, aunque el sentido no es de ayer mañana, puede asegurarse que la fórmula en que lo expresamos acaba de salir del horno: eso se conoce á tiro de ballesta.

Es un sistema por medio del que se convierte lo negro en blanco, poniendo de la noche á la mañana en candelero lo que el día antes estaba á los

pies de los caballos. Se aplica lo mismo á la celebridad de la revalenta arábica que á la exaltación del ser más insignificante que por el momento convenga poner en los cuernos de la luna.

Esto se llama *hacer atmósfera*.

Y, es claro, esa atmósfera se hace favorable ó adversa, según hay que destruir ó levantar, y en el primer caso se ponen las cosas en las nubes, y en el segundo se ponen de vuelta y media.

El vulgo, que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, y que de todo se hace lenguas, es el gran receptáculo donde desembocan las corrientes atmosféricas, unas veces de las más serviles é interesadas adulaciones, otras veces de las más atroces calumnias.

Hacer atmósfera es pura y simplemente *confeccionar* falsos entusiasmos, crear odios injustos, tejer y destejer reputaciones, fabricar celebridades de pacotilla; en una palabra: pintar como querer, haya lo que quiera de lo vivo á lo pintado.

El vulgo, que para estas cosas se pinta solo, rara vez deja de bailar al son que le tocan, y una vez alborotado el cotarro, habla como un descosido cuanto le ponen en el pico, sin caer en la cuenta de que al fin él es el que suele pagar los vidrios rotos, porque del cuero salen las correas.

Entretanto, tres al saco y el saco en tierra, que no se ganó Zamora en una hora, si no otro gallo nos cantara, y no anduviéramos con el agua al cuello buscándole los tres pies al gato. Pero esto de

bacer atmósfera es dar gato por liebre, y como cada uno arrima el ascua á su sardina, siempre tenemos la misma función de toros y cañas.

¡Y qué hemos de hacer! Somos caballos de buena boca, y no es cosa de andarse en repulgos de empanada por más que se nos caigan los palos del sombrero y no podamos sacar los pies de las aguaderas. A nosotros, ¿qué nos va ni qué nos viene? A lo que sube, cara de pascua; á lo que cae, la del humo. Por lo demás, ya sabemos que el último mono se ahoga, y que lo que ayer era este mundo y el otro, hoy es la nada entre dos platos.

En fin, *bacer atmósfera* es, hablando en plata, mentir más que la *Gaceta*.

Otras dos frases que no son por cierto de las de tres al cuarto, con las que contamos para hacer las cuentas del Gran Capitán, no se nos deben quedar en el tintero, porque vienen á ser nuestro paño de lágrimas.

Veámoslas en el capítulo que sigue.





XIII.

ENJUGAR LA DEUDA Y CASTIGAR EL PRESUPUESTO.

POSITIVAMENTE. La primera de estas frases ha salido de una de esas bocas que beben en buenas fuentes, pues por lo húmedo del concepto se descubre la profundidad del sentido, y parece que va diciendo: «agua va», como si quisiera aguararnos la fiesta.

La deuda nos tiene con el credo en la boca; una liquidación sería echarnos por puertas; pues bien: para evitar que llegue al estado de liquidación, enjugarla. Por otra parte, ¿es acaso la deuda alguna cosa del otro jueves? ¿Sus títulos!... ¡Ah! Al decir sus títulos, parece que echamos por la boca el oro y el moro. Y bien: si hay que enjugar la deuda, claro está que los títulos de la deuda no son más que papeles mojados.

Lo que no va en lágrimas, va en suspiros; al que no tiene, el rey le hace libre; por consiguiente, manga ancha y trampa adelante. ¿Se puede cortar por lo sano?... *Nequaquam*. Eso sería quedarse á la luna de Valencia, y para no llevar las cosas á punta de lanza, bueno está San Pedro en Roma.

¡Enjugar la deuda! es una frase de brocha gorda, que no tiene más alcance que el de la carabina de Ambrosio, y que, como la espada de Bernardo, ni pincha ni corta. Hay que oirla como quien oye llover, y siga la danza.

Mas todo esto son tortas y pan pintado, pues se me entra por las puertas otra frase de las que entran pocas en libra, con una cara de justo juez, que sólo de verla se ponen los pelos de punta.

Viene de mano armada, dispuesta á hacerle cara al que por lo visto la tiene siempre hecha. Ya se ve, había aquí una mano oculta que todo lo llevaba á sangre y fuego, sacándonos á todos de nuestras casillas, de tal modo, que esto eran las guerras civiles. Pero cátese V. que al autor de toda esa liorna se le fué el santo al cielo, y entregó la carta y se descubrió el pastel; y aunque gritaba «oros son triunfos», haciéndose la mosquita muerta, no hubo tu tía, y se le sacó á relucir toda su vida y milagros.

Entonces salió á luz la frase tremenda, y se dijo: *castigar el presupuesto*.

He ahí el gran criminal del siglo, cogido entre puertas, sin que le haya sido posible poner pies en

polvorosa, pues aunque se va entre los dedos, porque aquí no somos mancos, si sale de Scila cae en Caribdis, que contra él todos nos hemos puesto de uñas.

Es verdad que el castigo hay que ponerlo cada vez más en cuarentena, pues conviene pasarle la mano y tentarse la ropa, porque el día que diga: «aquí falta uno», y se vaya con la música á otra parte, todos nos quedamos tocando tabletas. Y vamos á ver: ¿quién le pone el cascabel al gato?...

De todas maneras, una vez descubierto el culpable, nosotros bien podemos lavarnos las manos, que la historia, que no teme que se le llueva la casa, y que todo lo mide por el mismo rasero, no se andará en chiquitas, y dirá verdades como puños, poniendo al presupuesto de oro y azul. ¡Ah! Cuando ella le ponga el paño al púlpito, y le remueva los huesos, y todo salga á la colada, entonces se sabrá *c* por *b* y de *pe* á *pa* cómo ese desalmado nos tiene con el pie en el pescuezo.

Por ahora nadie se atreve á cortarle el vuelo, y algo tendrá el agua cuando la bendicen; pero no se nos pasea tanto el alma por el cuerpo, que si él cada vez toma más alas, nosotros sabemos buscarle las cosquillas de tal modo, que, por más que aprieta el tornillo de las contribuciones, nunca tiene bastante para taparnos la boca.

Si las hace, bien las paga, pues cada vez que se vuelve la tortilla tiene que sudar el quilo, porque todo se convierte en merienda de negros, que

entre bobos anda el juego, y vamos á caza de gangas.

¡Castigar el presupuesto! ¡Oh cuán profundo es el sentido de esta frase! Es castigar los gastos, las disipaciones, las sensualidades que forman el conjunto de delicias en que vivimos; es quedarnos por puertas.

Si el que lea de la cruz á la fecha estas coplas de Calainos, es hombre que corta un pelo en el aire, no necesitará Dios ni ayuda para ver por tela de cedazo el valor político y hasta filosófico que encierran esas cuatro frases que nos han caído como llovidas del cielo.

Con el *juego de las instituciones*, *baciendo atmósfera*, *enjugando la deuda* y *castigando el presupuesto*, vamos por el camino del progreso á uña de caballo, é iremos á parar allá adonde Cristo dió las tres voces, si es que á la vuelta no lo venden tinto.

Ahora, saque el que pueda la pierna más allá de la sábana, y punto en boca.



XIV.

CONCLUSIÓN.

BUENO será que al doblar la hoja, pongamos también nosotros el paño al púlpito, y echemos, como cada hijo de vecino, nuestro cuarto á espadas en el maremágnum de las convesaciones de puerta de calle, que, quieras que no quieras, traen revuelto el cotarro del mundo, porque no hemos de estar mano sobre mano, sin decir esta boca es mía, cuando anda la gente quitándose la palabra de la boca, haciendo cada cual de su capa un sayo.

Esto de hablar como descosidos es ya moneda corriente, y no hay alma de cántaro que no se nos suba á las barbas y escupa por el colmillo, y eche las campanas á vuelo sobre si fué ó sobre si vino, soltando la taravilla, venga ó no venga á pelo, que cada cuál tiene en la punta de la lengua un discurs-

:

so de cajón, con muchas razones de pie de banco, que arde en un candil, para que todos podamos vivir á la sopa boba.

El *quid* está en que *velis nolis* quede siempre la nuestra sobre el hito y pueda cada *quisque* arrimar el ascua á su sardina, que, en resumidas cuentas, la ocasión la pintan calva y entre bobos anda el juego.

Aquí todo bicho viviente quiere llevar su gato al agua y hacer su agosto, porque aun cuando el dinero anda por las nubes, la cosa es que no cae por la chimenea, y hay que hacer el diablo á cuatro para no quedarse en la estacada; que eche V. por dondequiera, de tejas abajo,oros son triunfos y no hay más cera que la que arde.

No seré yo el que ponga las manos en el fuego sobre si somos ó no somos hombres de pelo en pecho, pues si bien es verdad que lo mismo somos para un fregado que para un barrido, es cosa de clavo pasado que en esta baraúnda, en que todo va manga por hombro, nadie tiene pelillos en la lengua.

Es verdad que no hemos inventado la pólvora, aunque acerca de este punto echemos las cuentas del Gran Capitán, pues no hay quien tenga *in pectore*, como si dijéramos, entre ceja y ceja, que no es oro todo lo que reluce; pero si no podemos levantar el dedo, porque, al fin, no nos llega la camisa al cuerpo y cualquiera nos tose, el que menos, más listo que Cardona, corta un pelo en el aire.

Y no hay que andarse por las ramas; la lengua

es la que tiene la sartén por el mango. Se puede decir que ella cobra el barato, sin perjuicio de que andemos con la lengua por el suelo. Parece que, por juro de heredad, se ha apropiado el derecho de ser señora de horca y cuchillo, como si no hubiera que hacer en el mundo más que hablar por los codos, contarle los pelos al diablo y andar en un pie como las grullas.

No sólo se habla á tontas y á locas, que es lo mismo que hablar por boca de ganso, porque al freir será el reir, y ahí están los periódicos en los que se escribe cálamó corriente, es decir, con los pies. Esos correvediles suelen bailar al son que les tocan; pero tienen siempre la masa hecha vinagre, y á lo mejor se les vuela el frasco, porque no se les cuece el pan, y los dedos se les antojan huéspedes, y á cada triquitraque andan á la greña, tiran de la manta y adiós mi dinero: esto es una olla de grillos.

Claro está que la razón anda á salto de mata, y que la verdad se queda con un palmo de narices; pero vaya V. á ponerle puertas al campo. Tirios y troyanos se tiran los trastos, no se paran en pelillos, se ponen de vuelta y media, arman la de San Quintín, y hay que alquilar balcones para oírlos, porque en eso de más eres tú, todos tienen pico de oro; *plus minusbe*, este es el pan de cada día.

Siempre está la pelota en el tejado, porque unas veces por fas y otras por nefas, arde Troya, que no se muerden la lengua, y, ¡qué demonio!, cada uno

quiere arrimar el ascua á su sardina y llevar su gato al agua, y que otro cargue con el mochuelo.

Muy bien: ya estamos al cabo de la calle; nos ha costado estopas y pez, pero quieras que no quieras, la libertad del pensamiento está en candelero, y nos encontramos como el pez en el agua, dispuestos á enseñarle los dientes al lucero del alba, y rueda la bola.

No digo yo que esto sea una balsa de aceite, ni que atemos los perros con longanizas; pero corremos el camino del progreso en volandas, sin Dios ni ayuda, ni rey ni Roque, más alegres que unas castañuelas. Como sabemos dónde nos aprieta el zapato, pondremos los puntos sobre las íes de manera que todo el mundo entre por el aro y se dé con un canto en el pecho. Y todo así, de bóbilis bóbilis, por nuestra bella cara, como si hubiéramos resuelto la cuadratura del círculo ó puesto una pica en Flandes.

El hecho es que de la noche á la mañana nos encontramos manos á boca con que amaneció el sol de la libertad, que es el sol que más calienta, y viene diciendo «comedme», y en un periquete nos subimos á la parra, y en buenas manos está el pandero. Así como así, la vida es un tris, y hay que tener algo sobre que caerse muerto, que no hemos de estar siempre como tres en un zapato.

Muy bien: los tontos se harán cruces, porque ellos no saben de la misa la media; ¡ya se ve! : es gente que se ahoga en poca agua, y aunque nos

mire de reajo, nos pone cara de Pascua. *Sotto voce*, nos pondrán como hoja de perejil, y harán de nosotros mangas y capirotos; pero no llegará la sangre al río, porque no ven más allá de sus narices, y no pueden levantar el gallo, y aunque la procesión vaya por dentro, ancha es Castilla.

El caso no deja de ser peliagudo, porque al fin se fué el santo al cielo, y dale que le dale y erre que erre, nos encontramos con el agua al cuello, como quien dice, con las manos en la masa, y no es preciso quemarse mucho las cejas para comprender que al fin habrá que enseñar los puños y cortar por lo sano, ó pagar el pato.

Basta tener dos dedos de frente para dar en el clavo de que ya no hay tejemaneje que pare el carro, ni ten con ten que ponga á raya este berenjenal, que crece como la espuma, en el que nos hallamos metidos de hoz y de coz, y donde hasta los más incrédulos viven con el credo en la boca, porque se le van viendo las orejas al lobo y todos quieren alzarse con el santo y la limosna.

Hasta ahora se han echado las cuentas muy galanas, como si todo hubiera de salir á pedir de boca, es decir, por arte de birlibirloque; pero no se contó con la huéspedada, y cate V. otra vez á Periquillo hecho fraile: ahora empiezan las madres mías.

Y no hay que andarse en repulgos de empanada, creyendo que no es tan fiero el león como lo pintan, porque, tira de aquí, tira de allí, los que le buscan tres pies al gato quieren llevar también su

vela en este entierro y no se paran en barras; son de la piel del demonio, le cuentan los pelos al diablo, y no dan su brazo á torcer: ¡oh!, ya sabemos cómo las gastan.

El día menos pensado echan el carro por el pedregal, se las dan por concedidas, y Dios los ponga donde haya. Ahora ofrecen el oro y el moro, porque la verdad es que no les duelen prendas; pero si llegan á levantar el gallo y se suben á la parra, será lo que tase un sastre, que ellos van á Roma por todo, y nos dejarán tocando tabletas.

Eso sí; todos los días tendremos toros y cañas, y al que no pueda poner pies en polvorosa y tomar las de Villadiego, no le arriendo la ganancia. Sí, señor; todo vendrá como de molde, repicarán recio, habrá que desternillarse de risa, y vuelta á las andadas.

La cosa vendrá por sus pasos contados, volviéndose la tortilla en menos que canta un gallo, y aquí te quiero escopeta. Eso sí; no podremos llorar más que con un ojo, porque nos costará la torta un pan; ó, hablando en plata, costará un ojo de la cara. Ahí tienen Vds. todo nuestro paño de lágrimas.

Muy bien: ¿y cómo se le pone el cascabel al gato? ¿Quién se echa el alma á la espalda, cierra los ojos y Cristo con todas? Averigüelo Vargas. Pero, entretanto, la cosa se cae de su peso. No es ningún arco de iglesia, ni ninguna obra de romanos. Todo está reducido á poner pies en pared. No

hay que abrir ni cerrar ningún libro para poner el dedo en la llaga.

Aunque se mire por tela de cedazo, no es menester calzar muchos puntos para ver, como tres y dos son cinco, que lo que nos tiene como palillo de barquillero es un lío que cualquier sastre mira por encima del hombro, como asunto de tres al cuarto; porque, bien tomadas las medidas, aquí no hay más que sentar las costuras, y si ponen el grito en el cielo, ahí les duele, porque esa es la señal de que ven las estrellas.

Salta á la vista que no está la Magdalena para tafetanes, pues ha ido tantas veces el cántaro á la fuente, que el más pintado se tentará la ropa antes de echar á rodar los bolos. Quieren acabar de ponernos la ceniza en la frente, juegan á cartas vistas, y aquí estamos entre la espada y la pared, sin que nos valga la bula de Meco, porque ya se sabe que del cuero salen las correas.

Esto es el órgano de Móstoles; nunca falta un quitame allá esas pajas que caiga como una bomba, y empiece el *rum rum*, siga el *tole tole*, y á la vuelta de un dado salga el sol por Antequera. Y vaya V. á poner pies en polvorosa.

¿Y qué? Al freir será el reir. Entretanto, la capa no parece; pero un día de vida es vida, y adelante con los faroles.

Echemos, pues, nuestro óbolo en el platillo de las conversaciones, á la maragua, y cruz y cuadro.

He dicho.